

Aproximación a la dialéctica de la religión en la poesía de Vallejo

De las tres concepciones del mundo —la cristiana, la marxista y la individualista— la poesía de César Vallejo se nutre de las dos primeras. El existencialismo, que cierto sector de la crítica ha adscrito a la obra del autor peruano, es sólo una secuela del individualismo, entendido éste como la teoría optimista (liberal) que defiende la armonía natural entre los hombres, y la conciencia y libertad del individuo. Por su parte, la solución cristiana, en su proyección metafísica, ignora lo que existe de una manera particular, concreta, real. Es decir, que prescinde de la concepción del individuo como único ser real existente, producto de las relaciones humanas.

En Vallejo coexisten el pensador cristiano y el marxista. Pero la religión cristiana apunta, en los versos del escritor peruano, a una situación de carencia y necesidad que, arrancando de la existencia personal pasa a lo genéricamente humano. El marxismo, como conocimiento del mundo, extrae sus principios éticos de la realidad. Y esta profundización de la realidad implica la referencia a elementos contradictorios (ser/nada; vida/muerte) en los poemas de Vallejo. Por otro lado, el marxismo, como el cristianismo, pone al hombre en el centro de su preocupación y ambas concepciones dan al hombre un papel histórico.

El presente trabajo constituye una aproximación a la dialéctica de la religión a través de los versos de Vallejo. La concepción del mundo vallejana supone una progresiva evolución y superación del nivel puramente filosófico e individual hacia una toma de conciencia de la realidad del mundo exterior (sociedad) que culminará con *España, aparta de mí este cáliz*. En todos los poemarios vallejanos los constituyentes poéticos nos remiten continuamente a las relaciones personales e históricas, dos niveles difíciles de separar en el autor peruano.¹

Desde *Los heraldos negros*,² la preocupación vallejana se centra en el hombre concreto. El hablante lírico se rebela contra la responsabilidad de una culpa, que se le ha impuesto y que coarta su libertad, para tomar conciencia de la realidad externa y total:

¹ «Menester sería carecer de toda facultad de examen, para afirmar que la obra de arte es una cosa y la vida del autor otra y que no siempre aquélla está ligada a esta última. Sería necesario cargar los más espesos prejuicios de rutina y los más obtusos compases de lógica, para negar la dependencia orgánica y viviente en que siempre, tanto en los grandes como en los pequeños artistas, en los conservadores y en los renovadores, en los auténticos y en los falsos», C. Vallejo, *El Comercio* (6-IV-1929), citado en *Aproximaciones a César Vallejo*, Angel Flores Editor, New York: Las Américas, 1971, I, 100-1.

² *Citamos por Poesía Completa*, Barcelona, Barral Editores, 1978. Utilizamos las siguientes siglas: H.N. (Los Heraldos Negros); T. (Trilce); P.H. (Poemas Humanos); S.B. (Sermón de la barbarie); E. (España, aparta de mí este cáliz).

Y el hombre... ¡Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en la mirada. (H.N., 271)

Como toda religión es producto de la insatisfacción, el hablante lírico se nos muestra en los versos de Vallejo en dramático diálogo, cuestionando los principios de la existencia: «Hasta cuándo este valle de lágrimas, a donde / yo nunca dije que me trajeran» (H.N., 337). Dios, en los versos de este primer poemario, se presenta como una «necesidad», así como una justificación, o consuelo, del dolor del hombre; dolor en el que participa el propio Dios. La impotencia, o incompreensión divina, no supone una ruptura entre el hablante lírico y Dios y ambos aparecen identificados por un común dolor. La humanización de Dios se convierte en la condición «sine qua non» para llegar a la comprensión del hombre concreto:

Dios mío, si tú hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios. (H.N., 343)

El sentido trágico de los versos de *Los heraldos negros* no proviene, como en Unamuno, del hambre de inmortalidad, sino del dolor de la inmediatez, del dolor orgánico, físico, que lleva a los mortales, no a un ansia de vida transcendente, sino al deseo de darle un sentido a una muerte³ que forma parte de la vida:

Mas ¿no puedes, Señor, contra la muerte
contra el límite, contra lo que acaba? (H.N., 332)

Dialécticamente, el hablante lírico cuestiona a Dios sólo después de haberlo despojado de su divinidad, es decir, humanizándolo, dotándole de realidad dialéctica. Y es la percepción el medio que establece la relación con un Dios enajenado y enajenante:

Siento a Dios que camina
tan en mí, con la tarde y con el mar.
Con él nos vamos juntos. Anochece.
Con él anohecemos. Orfandad... (H.N., 348)

La increpación divina en *Los heraldos negros* (1916-1919) se interioriza en un movimiento de rebeldía e irritación que corresponde al poemario *Trilce* (1922). En los versos de este libro, lo transcendente va dando paso a un ser que espera en un Cristo que ocasionalmente se muestra receptivo. Dios, sin embargo, aparece impotente para aliviar el sufrimiento humano:

Cristiano espero, espero siempre
de hinojos en la piedra circular que está
en las cien esquinas de esta suerte
tan vaga a donde asomo
Y Dios sobresaltado nos oprime
el pulso, grave, mudo,

³ «Vallejo no comprende la muerte. Los muertos para él, nunca acaban de ser muertos; no contestan, no están, pero no cabe concebir ni pensar siquiera ese otro modo de ser, esa cosa extraña que es la muerte», J.M. Valverde, Estudios sobre la palabra poética, Madrid: Rialp, 1952, p. 40.